

## La Burges, esa que pinta

María Pilar Burges (Zaragoza, 1928-2008) era una intelectual, una mujer formada e intensa, que había vivido mucho, que había estudiado sin parar de esto y de aquello (su especialidad obsesiva, el motivo de su tesis doctoral, fue el proceso creador) y que había pintado más. Reflexiva y personalísima, decía que sólo le preocupaba el presente y, como apéndice siguiente, el futuro. Se sentía, pese a todo, estaba ya mordida por el cáncer y casi inmóvil, una artista con futuro. Había llenado su casa del Tubo, con miradores al paseo de la Independencia, de un montón de papeles y notas, donde recogía frases que le habían gustado, citas, ecos de estética, titulares de prensa, fotos. A menudo, entre las estufas que iluminaban las frías estancias, repasaba la paleta de luces de las distintas horas del día, y describía cada matiz, cada destello, la nube neblinosa que se enredaba en los tilos y los aleros. Octogenaria y soñadora, era una mujer viva: le interesaba todo. Por aquí y por allá colgaban sus cuadros, sus recuerdos, muchas fotos, dibujos, y tenía una estancia casi secreta donde conservaba sus catálogos, sus notas y dibujos, muchos lienzos: aquella era la despensa poblada de una existencia en permanente creación. En los últimos tiempos, María Pilar Burges soñó con una antológica, pero no se veía con fuerza para prepararla. Deseaba que Zaragoza, su ciudad, la recuperase: la recordase, volviese a vibrar con su pintura de barniz goyesco y expresionista. Por desgracia, ya no podrá verla, pero en ese proyecto anda su estudioso y amigo y defensor Jaime Esain. M<sup>a</sup> Pilar era una mujer más afable de lo que aparentaba, más cariñosa y tierna, que tampoco podrá alcanzar dos modestas utopías: ver publicada su tesis doctoral, que tanto la enorgullecía por lo que había trabajado, y haber ingresado en la Academia de Bellas Artes de San Luis, algo que inexplicablemente se le negó.